

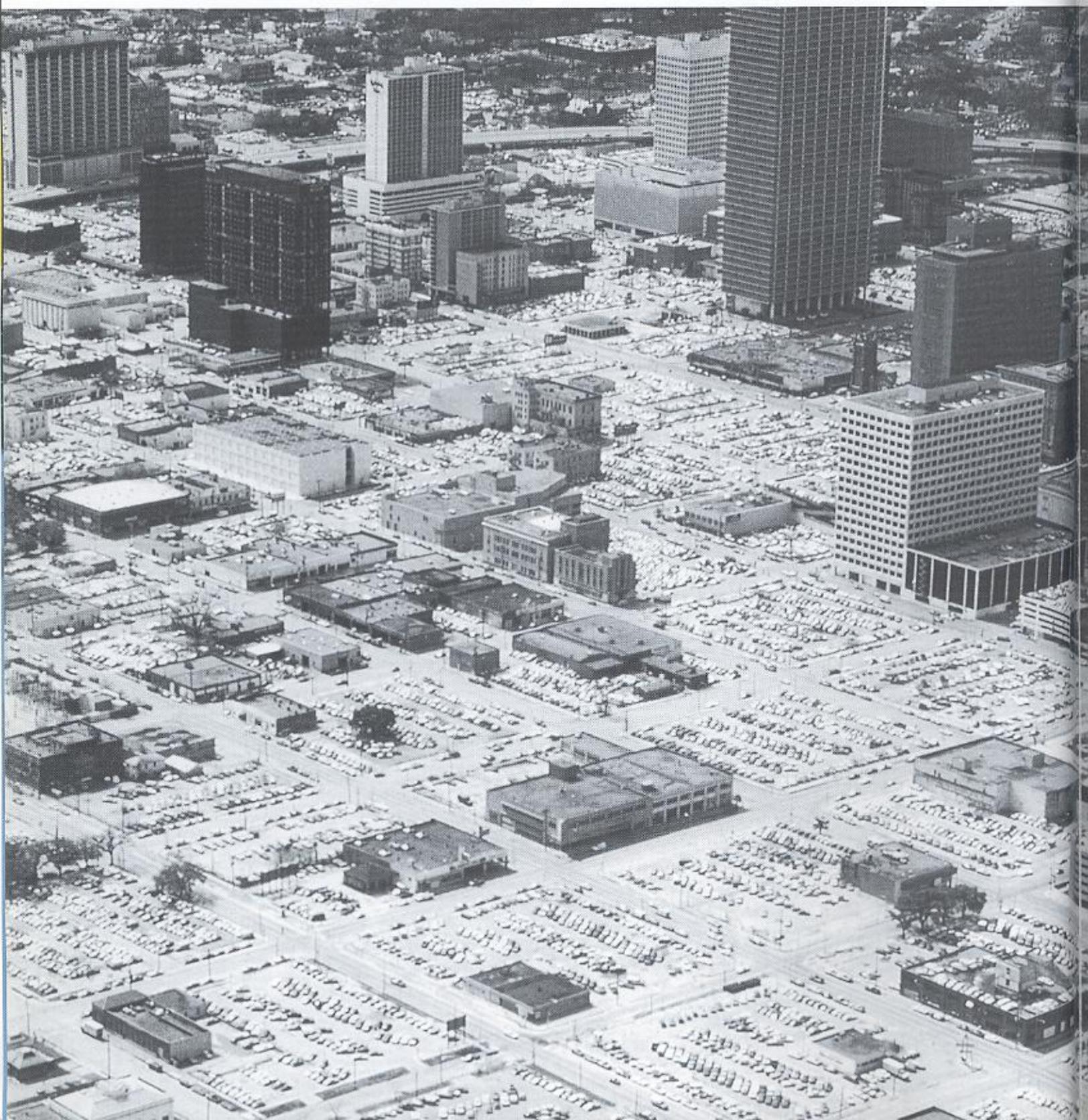
El malestar por la ciudad

Crítica y propuesta en torno al fenómeno urbano /

Héctor Quiroz Rothe

Maestro en Urbanismo, becario de la Sorbonne,
Francia, en el Doctorado en Urbanismo.

Houston, Texas. (Las ilustraciones de este artículo están tomadas de Spiro Kostof, *The city assembled*, Thames & Hudson, Londres, 1999).



Este trabajo constituye una reflexión sobre el espacio urbano como generador de emociones y estados de ánimo. La ciudad ha sido el origen de sentimientos contradictorios, a veces de rechazo, otras de admiración, por parte de sus habitantes: víctimas y beneficiarios simultáneamente de esta forma de organización social y espacial.



En diferentes momentos, teóricos e investigadores han tratado de explicar la esencia de la ciudad, reconociendo sus virtudes y defectos, dando lugar a elogios y críticas que se han sucedido y contrapuesto de forma cíclica, identificando cada época con una estética urbana propia. A veces, los elogios resultan demasiado complacientes con la ciudad creada por la autoridad en turno, y por lo tanto de poca trascendencia frente al pensamiento crítico que impulsa el cambio como factor indispensable de cualquier proceso evolutivo.

Generalmente se cambia para mejorar, aunque en la historia han ocurrido regresiones de carácter correctivo o por simple nostalgia de un pasado idealizado, pero igualmente significativo dentro del proceso. Desde esta perspectiva, en el mundo contemporáneo la visión positiva se ha dirigido hacia la ciudad tradicional, aquella surgida antes de la industrialización del mundo, mientras que el malestar y la crítica se multiplican a partir de esa revolución tecnológica europea, cuyas consecuencias a partir del siglo XIX marcaron el desarrollo urbano contemporáneo.

Las ciudades industriales del siglo XIX, afectadas por un crecimiento sin orden, escaparon por primera vez de los esquemas mentales y operativos que hasta entonces habían logrado controlarla, al menos parcialmente. A la par que se demolían las murallas (el antiguo símbolo de la vida urbana) en señal de progreso, la ciudad se convirtió en el seno de múltiples contradicciones, de la pérdida de la forma y de la identidad bajo la aplicación rigurosa de las leyes del capital. Este malestar ha sido el origen de numerosas propuestas que de una forma u otra han ido configurando la ciudad como hoy la conocemos.

El malestar contemporáneo en torno a la ciudad

Desde una perspectiva histórica, la ciudad de la antigüedad clásica es considerada la cuna de la democracia; la ciudad de la Baja Edad Media fue un símbolo de la libertad burguesa, mientras que la ciudad barroca se distingue por haber sido concebida como una obra de arte. En la actualidad, en lugar de virtudes, es más fácil reconocer una larga lista de situaciones relacionadas



Barrio pobre a las afueras de París, fotografía de Charles Marville, a mitad del siglo XIX.

con el malestar generado por la ciudad: enajenación, monotonía, hacinamiento, contaminación, estrés, inseguridad, caos, son algunas de las palabras vinculadas comúnmente con la vida urbana.

La crítica que se ha construido a partir de los sentimientos de malestar generados por la dinámica imperante en la ciudad contemporánea encuentra su antecedente más directo en la obra de diversos autores que "sufrieron" el nacimiento de las primeras ciudades industriales del siglo XIX y que, tras doscientos años de evolución, han dado lugar a un modelo urbano de carácter global.

El malestar generalizado por la ciudad contemporánea se puede percibir en diversos ámbitos del quehacer humano: en la producción teórica y crítica, en el análisis estadístico, en la literatura, en las artes plásticas y, particularmente, en el cine, definido como el arte del siglo XX.

Pero como se ha mencionado antes, la crítica a la ciudad es tan antigua como la ciudad misma. En los textos bíblicos, Caín, después de asesinar a su hermano, huye y, tras llevar una vida errante y miserable, funda la primera ciudad como una especie de castigo, que lleva implícito el origen mismo de la civilización. El malestar por la ciudad se encuentra también en la Florencia renacentista del monje Savonarola del siglo XVI o en el París de Rousseau (siglo XVIII), quien recomendaba que el joven Emilio no se expusiera a la ciudad para evitar su corrupción.

Ya en el siglo XIX y de forma paralela al proceso de industrialización, aparecieron los primeros críticos y detractores de la nueva ciudad que surgía como resultado de la difusión de nuevos modos y medios de producción. Personajes procedentes de los ámbitos más diversos describieron con asombro y temor las consecuencias del desarrollo industrial en las ciudades, primero en Inglaterra y después en Francia, Alemania, España... para convertirse un siglo más tarde en un fenómeno mundial.

El malestar por la ciudad industrial del siglo XIX generó una larga lista de propuestas enmarcadas en las ideologías imperantes en aquella época: el romanticismo y el cientificismo, comenzando por los proyectos filantrópicos de los socialistas utópicos, hasta llegar a la

propuesta de la ciudad funcional elaborada por los representantes del Movimiento Moderno alrededor de 1930. El seguimiento de la intensa actividad propositiva en torno a la ciudad, realizada a lo largo de los últimos doscientos años, debe entenderse en la celeridad de los cambios sociales, económicos y culturales ocurridos en este mismo periodo de tiempo.

En menos de cincuenta años, en el lapso de una generación, miles de campesinos emigraron a las ciudades para ocuparse, en el mejor de los casos, como obreros en las fábricas o en las minas de carbón, en donde la explotación del hombre por el hombre alcanzó niveles desconocidos. La rapidez con la que ocurrió la transformación de la ciudad tradicional en ciudad industrial produjo una crisis en la cultura de la época.

La crisis de la ciudad tradicional, de sus valores y de su cultura se hace patente en la obra de diversos autores que vieron el fin del orden y el inicio de una era de caos, actitud que refleja la incapacidad de asimilar las profundas transformaciones que estaban ocurriendo en la ciudad. Víctor Considerant declaraba a mediados del siglo XIX: "Las grandes ciudades (...) constituyen un triste espectáculo para cualquiera que piense en la anarquía social que traduce (...) este montón informe de casas". Walter Gropius en *La nueva arquitectura y la Bauhaus* (1935) se refirió al caos de Nueva York y a la falta de orden en la ciudad contemporánea, mientras que Lewis Mumford en *La cultura de las ciudades* (1932) discute la ausencia de orden en la "no ciudad" americana.

Entre las primeras voces de alerta se encuentran las de los socialistas utópicos, quienes denunciaron las deplorables condiciones de higiene física y moral que imperaban en las ciudades industriales. Los socialistas utópicos criticaron, desde una perspectiva de la burguesía progresista, la vivienda insalubre, la fealdad y monotonía de las construcciones industriales, el hacinamiento, la ausencia de áreas verdes y las largas distancias que debían recorrer los trabajadores para ir de sus casas a las fábricas. Pero también intentaron reconciliar lo irracional del proceso productivo capitalista con la racionalidad ilustrada.

No se puede perder de vista que la forma urbana es producto de una sociedad, de una economía, de un sistema político, y que cualquier cambio en la forma es consecuencia de un cambio en estos ámbitos, lo que implica que la transformación de la ciudad debe venir acompañada de un programa político.

El malestar también se manifestó a través de la crítica realizada al margen de las corrientes que dominaban el pensamiento de la época, contra los grandes proyectos de remodelación urbana auspiciados por la burguesía dirigente, considerados en ciertos círculos como "obras maestras del diseño urbano". Por ejemplo, el poeta Charles Baudelaire lamentaba la destrucción de París provocada por las obras de apertura de los grandes bulevares. Con una actitud crítica similar, desde un ámbito teórico diferente, el historiador vienés Camilo Sitte protestaba contra la remodelación de su ciudad a partir del proyecto del Ring, con el cual se ponía fin a la coherencia orgánica de la ciudad medieval. En el caso de Barcelona, los detractores del plan Cerdá criticaron la monotonía de la retícula impuesta al crecimiento de la ciudad.

Por otra parte, destaca a mediados del siglo XIX la figura de Carlos Marx, quien además de proponer una nueva organización social a través de una revolución utópica, sentó las bases de una escuela de pensamiento crítico que ha marcado una amplia producción teórica en el ámbito de la sociología, la política y la economía del siglo XX: el materialismo histórico. En el contexto alemán, a la vuelta del siglo XIX, sobresale la obra de una serie de pensadores como Weber, Simmel, Sombart y Tönnies, quienes elaboraron un discurso crítico del fenómeno urbano en la modernidad.

Françoise Choay (1965) reconoce dos actitudes entre los teóricos, y casi siempre críticos de la ciudad industrial: la nostálgica y la progresista. Los primeros, más numerosos en la cultura anglosajona del siglo XIX, tienden a la idealización de la ciudad histórica y de la comunidad. Proponen recuperar el valor del individuo como ente único y la unidad orgánica, destruida por la dinámica del mundo industrializado. Los representantes de la corriente progresista se caracterizan por su tendencia a construir utopías, ciudades tipo para hombres tipo, igualmente inexistentes. En esta categoría se encuentra la ciudad funcional desarrollada por el Movimiento Moderno.

Las grandes metrópolis de principios del siglo XX, como Londres, París, Nueva York, Chicago o Berlín, constituían ámbitos cada vez más alejados de una posible re-

conciliación con la naturaleza, o para la recuperación de una vida comunitaria. Bajo estas condiciones, la crítica de la ciudad industrial formó parte del pensamiento elaborado por algunas de las vanguardias artísticas que surgieron en este contexto, como el primer expresionismo alemán, que simpatizaba con la idea romántica de un retorno a la naturaleza.

Durante la primera mitad del siglo XX, los arquitectos del Movimiento Moderno, convertidos en ideólogos sociales, buscaron, a partir de la crítica radical a la ciudad industrial, resolver de manera definitiva los problemas debidos en gran medida a la obsolescencia de la estructura de la ciudad tradicional, por lo que propusieron romper de forma definitiva con el pasado y aceptar, de una vez y para siempre, la nueva realidad determinada por las innovaciones tecnológicas. Heredero de las utopías sociales del siglo XIX y de las vanguardias artísticas de principios del XX, el Movimiento Moderno de la arquitectura combinaba una voluntad de equidad social con la confianza absoluta en la ciencia y la tecnología



Estocolmo a mediados del siglo XX.

Además del crecimiento espectacular, la ciudad latinoamericana contemporánea se caracteriza por ser el resultado de una doble realidad: por un lado el proyecto oficial, inspirado en la ideología del progreso y en la vanguardia tecnológica y, por otro, la ciudad construida de manera espontánea por millones de marginados.

como medio para resolver todos los problemas de la ciudad contemporánea.

Le Corbusier manifiesta su repudio a la gran ciudad de su tiempo, conformada por edificios amontonados, calles estrechas malolientes y ruidosas; demasiado densa e insegura para el habitante, e insuficiente para satisfacer los nuevos requerimientos de la economía. Reconoce que el caos reinante en la gran ciudad es producto de las transformaciones acumuladas a lo largo de cien años de crecimiento acelerado.

A diferencia de otras "utopías", los postulados del Movimiento Moderno encontraron un fértil campo de aplicación en la Europa de la posguerra y en las ciudades del Tercer Mundo, especialmente en Latinoamérica, que comenzaban a transformarse por efecto de la industrialización.

En la década de los sesenta la crítica se generalizó a toda la estructura del sistema capitalista. El malestar exhibido por los jóvenes de la generación del 68 produjo una ruptura que hoy todavía sigue latente. En el plano teórico, la crítica a la modernidad y a la idea de progreso ha remitido hasta el origen mismo del pensamiento racional, el movimiento ilustrado del siglo XVIII y el surgimiento de la ciencia positiva en el siglo XIX. En esta corriente se pueden ubicar las luchas en defensa del medio ambiente y de los derechos de las minorías.

La crítica a la ciudad funcional se fortaleció incorporando elementos del pensamiento marxista, que a lo largo de todo el siglo XX se había mantenido como el ámbito más consistente de la crítica al sistema dominante. En Italia, Cacciari, Tafuri y Rossi, y Mitscherlich en Alemania lamentaron la desaparición de la ciudad histórica y reclamaron la recuperación de los valores ligados a ésta: la vida comunitaria, los espacios públicos, la mezcla de usos, el barrio, los materiales tradicionales y la identidad cultural. Se comienza a hablar de posmodernismo y la ciudad recobra sus significados sociales y culturales. La revisión del malestar en torno a la metrópoli concluye con la obra de quienes, advirtiendo los efectos de la tercera o cuarta revolución tecnológica, han anunciado el fin de la ciudad tradicional. En la actualidad abundan las teorías eclécticas que pretenden explicar la metrópoli

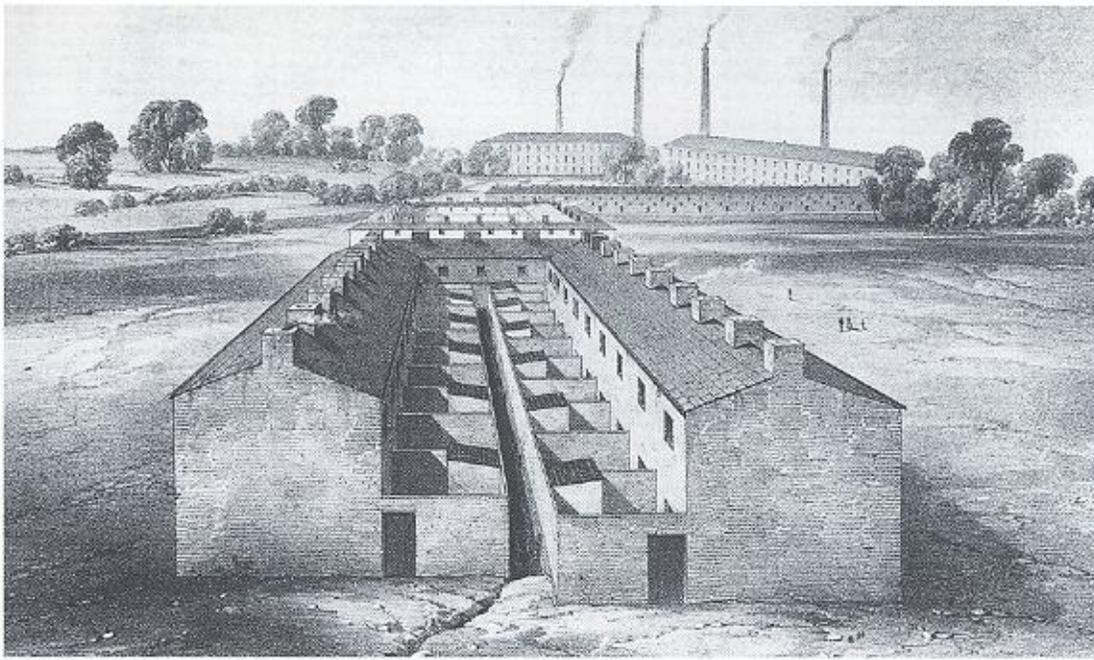
contemporánea y su devenir como ciudad virtual, globalizada, posindustrial y fragmentada. Es indudable que la visión occidental del mundo se encuentra sumida en una profunda crisis, que por momentos pareciera superada por breves períodos de crecimiento económico que compensan la miopía de algunos con respecto al futuro del modelo social y económico imperante.

Volver a hablar de la injusticia, la marginación, el deterioro físico y moral de sus habitantes y la degradación del medio ambiente en la ciudad puede resultar reiterativo; sin embargo, tras doscientos años de malestar provocado por la ciudad industrial, y después de numerosas propuestas, planes y proyectos, los problemas vuelven a surgir ya que en el fondo no han sido resueltos, como tampoco se han resuelto las contradicciones inherentes al sistema capitalista.

Escribir actualmente sobre la ciudad implica trabajar bajo la presión de una crisis social, económica y ambiental cada vez más profunda, marcada por los conceptos del posmodernismo, la era posindustrial, el deconstructivismo y la globalización. En su libro *La ciudad posmoderna*, G. Amendiola describe la ciudad de fin de siglo recurriendo a adjetivos como virtual, moldeable ("soft city", "zapping"), blindada, regional (que supera los límites de la metrópoli) o a situaciones como el viaje (que exalta la posibilidad de lo imprevisto), el collage, el teatro (como escenario) o el evento internacional.

Entre los críticos contemporáneos se recupera la crítica a la metrópoli en la sociología alemana de principios del siglo XX. Jordi Borja se pregunta si la ciudad aún existe, ya que en la práctica el término ciudad ha sido reemplazado por conceptos técnicos y jurídicos como zona metropolitana y aglomeraciones o regiones urbanas. Al realizar una distinción entre urbanización contemporánea y ciudad, recuerda la pérdida del sentido comunitario propio de la ciudad tradicional.

La crisis de la ciudad coincide con el naufragio de la esperanza de crear una ciudad perfecta, coherente con el modelo ideal del hombre moderno. La gran lección del siglo XX ha sido que no se puede hacer ciudad en términos de un proyecto arquitectónico. No se puede perder de vista que la forma urbana es producto de una sociedad,



Conjuntos de casas a las afueras de Preston, a mediados del siglo XIX.

de una economía, de un sistema político, y que cualquier cambio en la forma es consecuencia de un cambio en estos ámbitos, lo que implica que la transformación de la ciudad debe venir acompañada de un programa político.

En el contexto latinoamericano, la industrialización masiva se realizó de forma tardía en la primera mitad del siglo XX. Los efectos de este proceso han sido similares a los ocurridos en Europa un siglo antes, pero con una diferencia considerable en el estado del conocimiento científico y tecnológico: la industria llegó a estos países junto con todas las innovaciones urbanas y arquitectónicas acumuladas en el siglo XIX y acompañadas de un crecimiento demográfico explosivo que sólo era posible gracias a la difusión de las prácticas preventivas desarrolladas por la medicina moderna.

Además del crecimiento espectacular, la ciudad latinoamericana contemporánea se caracteriza por ser el resultado de una doble realidad: por un lado el proyecto oficial, inspirado en la ideología del progreso y basado en la vanguardia tecnológica y, por otro, la ciudad construida de manera espontánea por millones de marginados. La teoría del subdesarrollo ha tratado de explicar la falta de sincronía entre el proyecto económico y la realidad como una situación temporal; sin embargo, las crisis recurrentes en las que están sumidas las economías latinoamericanas, y sus consecuencias en el desarrollo urbano, han dado lugar a nuevas explicaciones en las que las condiciones propias de la ciudad del Tercer Mundo se entienden como el resultado de un estado de dependencia tecnológica y cultural heredado de la implantación de los sistemas coloniales en el siglo XVI.

En general, la crítica a la ciudad en América Latina, apoyada muchas veces en la teoría marxista, más que referirse a los efectos concretos de la industrialización en la ciudad tradicional, ha estado ligada a la cuestión de la dependencia y la implantación de modelos económicos ajenos a las condiciones culturales de la mayoría. De aquí la limitada producción de proyectos y propuestas para una estética urbana latinoamericana. Hasta ahora no existe un planteamiento que aspire a resolver de forma integral la compleja problemática de estas ciudades.

Frente a la pérdida de la inocencia tras el fracaso del Movimiento Moderno, a la caída del socialismo real, ligado superficialmente a la crítica marxista y a cierto relativismo teórico que ha dado lugar a propuestas parciales, la solución al problema urbano latinoamericano sigue latente. En la construcción de un futuro para la ciudad se debe considerar que la ciudad reproduce las condiciones que la han generado; pero, al mismo tiempo, encierra el potencial para transformarla; las revoluciones han sido y serán urbanas. Las soluciones a los problemas de la metrópoli contemporánea no son arquitectónicas ni urbanísticas, sino de carácter social.

La búsqueda histórica del bienestar en la ciudad

Remontándonos a los orígenes de la civilización occidental, Aristóteles consideraba que "si todas las comunidades tienden a algún bien, es evidente que la ciudad más que ninguna otra, ya que es la principal y comprende a todas las demás". La ciudad griega era la "comunidad perfecta de varias aldeas... que tiene el extremo de toda suficiencia y que surgió por causas de la vida, pero que existe ahora para vivir bien." Aristóteles concibió una ciudad en *La Política* como un espacio para la vida espiritual encaminada hacia la virtud, un lugar en donde se alcanzaría la felicidad del individuo y el provecho de la comunidad. En la "polis" griega se encuentran los elementos suficientes para afirmar que por primera vez el proyecto urbano estuvo en función del bienestar; si no de la mayoría de los habitantes, sí de la mayoría de los ciudadanos, concepto político que aparece junto al de democracia.

Siglos más tarde, en el mismo contexto de los sociólogos alemanes que se ocuparon del malestar por el habitar moderno, se pueden identificar algunos aspectos y personajes que superan el discurso crítico para reconocer los aspectos positivos de la metrópoli contemporánea.

El crecimiento demográfico y la concentración de millones de personas en un continuo urbano ha generado una serie de condiciones de vida que han sido condenadas por muchos autores y críticos; sin embargo, esta misma concentración multiplica de forma exponencial las posibilidades de encuentro, de intercambio y de enriquecimiento individual y colectivo, hasta alcanzar dimensio-

La crisis de la ciudad coincide con el naufragio de la esperanza de crear una ciudad perfecta, coherente con el modelo ideal del hombre moderno.

nes muchas veces insospechadas, y al mismo tiempo poco valoradas.

Históricamente, la ciudad ha sido el escenario en que se han ido desarrollando relaciones sociales, económicas, políticas y culturales cada vez más complejas, alcanzando momentos de máximo desarrollo que son considerados como una referencia obligada para explicar la capacidad y la grandeza del género humano: Atenas, Roma, Venecia, Florencia, París y Londres son algunos de estos hitos en la historia de la civilización occidental.

La búsqueda de la belleza y del bienestar en la ciudad ha dado lugar a un amplio repertorio de espacios que constituyen documentos históricos tridimensionales. En los sitios arqueológicos y en las zonas urbanas patrimoniales se puede leer la historia de la inagotable voluntad del hombre por mejorar sus condiciones de vida en el entorno urbano.

En la antigua Grecia, la belleza compartida con los demás ciudadanos era uno de los fundamentos de la organización de la "polis", hoy en día la búsqueda de la belleza y del bienestar en la ciudad sigue siendo una de las vías más poderosas de cohesión social. La búsqueda de la belleza en la ciudad contemporánea es uno de los principales ejes de actuación de la práctica urbanística, y se ha convertido en parte de un discurso político que responde a la obsesión por la apariencia agradable, en una especie de hedonismo de masas.

A lo largo del siglo XIX, las diversas propuestas de solución a los problemas generados por la industrialización en la ciudad se fueron acumulando para dar forma al urbanismo como una nueva disciplina de carácter técnico y artístico en la que puede resumirse la búsqueda de bienestar en la urbe contemporánea. Dentro de la amplia gama de propuestas urbanísticas desarrolladas en los últimos 150 años se reconocen tres ideas básicas:

1. La búsqueda del orden frente al caos provocado por el crecimiento demográfico y espacial que caracteriza las primeras etapas de la industrialización condujo al estudio analítico de la ciudad y su racionalización en planes estratégicos de todo tipo.
2. El saneamiento de la ciudad industrial a través de la

construcción de redes de agua potable y drenaje, así como la aplicación de normas de asoleamiento y ventilación en la construcción habitacional, se apoyó en el desarrollo de la ingeniería civil y en los avances de la higiene y la salubridad pública en el siglo XIX.

3. La reconciliación con la naturaleza, entendida como la incorporación de las cualidades estéticas y ambientales del mundo natural en la ciudad, principalmente a través del concepto de área verde, con el fin de mejorar la calidad de vida de sus habitantes.

En esta extensa producción se considera especialmente la propuesta generada por el Movimiento Moderno, la cual marcó de forma definitiva la práctica urbanística en una buena parte del siglo XX; de hecho, con algunas modificaciones, las ideas de funcionalidad, eficiencia técnica y económica propias de este modelo siguen vigentes.

La transformación de la ciudad a través de proyectos y obras de carácter público ha estado determinada por dos impulsos: la búsqueda de la belleza y la búsqueda del bienestar colectivo, sin excluir la combinación de ambas en muchos casos. Estos dos objetivos corresponden a su vez con dos formas de concebir la ciudad:

Como una obra de arte, traducida en proyecto arquitectónico de gran escala, el cual responde a los criterios estéticos impuestos por la clase dirigente, convirtiéndose muchas veces en una manifestación de su poder político.

Como una creación colectiva en la que se puede reconocer la búsqueda del bienestar común a través de espacios que son más el resultado de una práctica cultural apoyada en la experiencia popular que de un diseño basado en cánones preestablecidos, sin dejar de poseer valores estéticos equiparables a los de la ciudad como obra proyectada.

Para el primer caso, la ciudad barroca constituye el modelo más conocido, aunque se pueden rastrear situaciones similares en la antigüedad, en las ciudades helénicas, la Roma imperial o en los centros ceremoniales prehispánicos de América.



Plaza del Anfiteatro, Lucca, Toscana, Italia.

El siglo XVIII vio surgir una ciudad creada para el disfrute; en torno a la "alta sociedad" se transformó la ciudad medieval utilitaria en una recreativa, con paseos, rotondas, alamedas, plazas de toros, arcadas comerciales y cafés. El concepto de embellecimiento de la ciudad desarrollado en Francia precede al del urbanismo, ya se decretaba la ampliación de calles, el ordenamiento de nuevas zonas urbanas y la realización de todo tipo de obras públicas. La belleza de la ciudad barroca consistía, básicamente, en el trazado de calles dispuestas en una figura geométrica regular y en la búsqueda de la monumentalidad.

En el siglo XX, los proyectos urbanos producidos por el Movimiento Moderno se nutren de la tradición barroca europea. La monumentalidad, característica de Le Corbusier, alcanza en el contexto americano proporciones desconocidas.

La segunda concepción de la ciudad corresponde al modelo orgánico, cuyos antecedentes se confunden con el origen mismo de los primeros asentamientos de carácter permanente. Consideramos la ciudad medieval europea como el mejor exponente de este modelo, aunque no el último, ya que en América Latina se pueden incluir también los pueblos mineros coloniales y los suburbios populares.

La ciudad orgánica no es producto de un orden o de una voluntad racional sino de la sabiduría popular, del sentido común o del empirismo. La belleza de la ciudad orgánica es producto, en cierta forma, de la casualidad, de la adaptación al entorno físico o de la combinación aleatoria de ciertas condiciones detrás de las cuales subyace un principio de orden, una armonía que resulta atractiva por su compleja humanidad.

Los suburbios populares del Tercer Mundo pueden ser considerados como una manifestación contemporánea de la ciudad orgánica. En América Latina se han conformado de forma espontánea barrios populares irregulares: favelas en Brasil, villas miseria en Argentina, ranchos en Venezuela, barrios populares en Ecuador, barriadas en Perú o ciudades perdidas en México, que constituyen uno de los fenómenos característicos de un urbanismo marcado por la dependencia económica.

La presencia de asentamientos irregulares en las ciuda-

des latinoamericanas se encuentra desde la colonización, cuando las nuevas fundaciones fueron separadas jurídica y espacialmente en dos zonas: la ciudad para los españoles, de trazo reticular y ordenada bajo los criterios del urbanismo renacentista, y los barrios para la población indígena, establecidos fuera de este límite, generalmente en los peores terrenos y sin ningún plan de ordenamiento.

El suburbio popular latinoamericano es producto de la iniciativa de todas aquellas familias que quedan fuera de los programas de vivienda públicos, y generan una serie de soluciones tan variadas y originales como el propio contexto latinoamericano. Así, los pobres se han convertido en los principales diseñadores, constructores e inversionistas de la ciudad latinoamericana.

Las familias marginadas, ajenas a las tendencias funcionalistas, han construido su ciudad tratando de satisfacer algo más que los requerimientos mínimos. Tal vez no se pueda hablar de una búsqueda estética, pero sí de un cierto bienestar, que resulta socialmente más positivo que la vida en un bloque de viviendas diseñado racionalmente y producido institucionalmente. En el caótico tejido metropolitano se preservan elementos de la comunidad tradicional que han sobrevivido hasta nuestros días, echando por tierra la teoría de la comunidad destruida por la sociedad metropolitana. Aquí radica el valor del suburbio latinoamericano frente a la metrópoli deshumanizada.

Entre la sabiduría empírica atribuida a la ciudad orgánica y la monumentalidad de la ciudad proyectada, se encuentra la ciudad organizada a partir de una traza de retícula ortogonal. El origen de la traza en damero se ubica en la Grecia clásica con el modelo hipodámico, a partir del cual se reconoce una continuidad en la forma de los campamentos romanos, las ciudades de avanzada medievales, las colonias hispanoamericanas y la variante norteamericana del siglo XIX. En todas ellas, la búsqueda estética se mezcla con la búsqueda de bienestar, entendido como orden y saneamiento del espacio urbano, a veces impuesto por la autoridad, otras como producto del consenso entre los miembros de la comunidad.

Por último, y para completar este panorama histórico de la búsqueda del bienestar en la ciudad, se deben

El tedio provocado por la monotonía de la ciudad funcional ha cedido su lugar en el discurso crítico a la marginación e indiferencia que caracterizan a la ciudad de fin de siglo.

considerar las propuestas que se han generado para mejorar la calidad de vida en la ciudad industrial. En la práctica, el saneamiento y la incorporación de las cualidades de la naturaleza a la ciudad han sido los criterios más frecuentes que han guiado el planeamiento urbano a partir del siglo XIX, marcado por proyectos como la "garden city" inglesa y la ciudad industrial planificada de Tony Garnier. Este proceso culmina con el proyecto de la ciudad funcional del Movimiento Moderno, en donde se combinó la racionalización del planeamiento urbano con la monumentalidad de la ciudad barroca y la funcionalidad de la retícula ortogonal.

A lo largo del siglo XIX, las diversas propuestas de solución a los problemas generados por la industrialización en la ciudad se fueron acumulando para dar forma al urbanismo como una nueva disciplina de carácter técnico y artístico en la que puede resumirse la búsqueda de bienestar en la urbe contemporánea.

En el urbanismo del siglo XX hubo una serie de ideas clave que se han repetido, reciclado y mezclado. Entre las propuestas más conocidas del urbanismo reciente, algunas exclusivamente formales han considerado la arquitectura como un instrumento para transformar la sociedad, mientras que otras, inspiradas en la ideología marxista, han buscado la transformación de la estructura económica como punto de partida para una auténtica transformación de la sociedad y de los espacios que genera.

Conclusión

Al tratar de evaluar las ventajas y desventajas que ofrece la ciudad contemporánea a sus habitantes, se puede concluir en un balance tan ambiguo como la percepción que cada persona pueda tener de su ciudad, conforme a su propia experiencia; por ejemplo, para una visión positiva, podemos imaginar la opinión de un campesino inmigrante que encuentra en la ciudad una forma de subsistencia y la posibilidad de mejorar la calidad de vida de su familia, o bien la de un artista cuya obra es inconcebible sin los medios que le ofrece la ciudad. Desde una perspectiva más pesimista, se puede pensar en el empleado enajenado que todos los días pierde horas de su vida en los vagones del metro o en el joven margina-

do de los suburbios que es presa fácil de la delincuencia organizada que domina su entorno. Con situaciones como las anteriores, resulta muy difícil emitir un juicio definitivo sobre la metrópoli contemporánea, la cual puede ser concebida como la máxima expresión de la civilización y, al mismo tiempo, la señal de su propia decadencia.

Más allá de las situaciones personalizadas, la actual sensación de malestar no es gratuita. Las cifras dadas a conocer por los organismos internacionales, con toda su objetividad, muestran un panorama poco alentador. La población del mundo sumará pronto los siete mil millones de habitantes, y las ciudades del llamado Tercer Mundo siguen creciendo de forma acelerada y desorganizada, particularmente en países cuya capacidad de gestión es rebasada por la dinámica demográfica.

El modelo social y político heredado de la posguerra está en crisis como consecuencia de la liberalización de los mercados y de la globalización económica. La exclusión implícita en este proceso está dando lugar a una serie de problemas que completan la visión de decadencia que acompaña a la ciudad contemporánea desde hace varias décadas. El tedio provocado por la monotonía de la ciudad funcional ha cedido su lugar en el discurso crítico a la marginación e indiferencia que caracterizan la ciudad de fin de siglo, y que inevitablemente hacen suponer una futura crisis estructural mucho más profunda que la provocada por la ciudad funcional.

Aunque algunos todavía se aventuran a realizar proyecciones o prospectivas para una ciudad del futuro, es cada vez más evidente que la solución a los problemas urbanos ya no reside exclusivamente en el ámbito espacial. El origen de muchos de los problemas que afectan a la ciudad se encuentra fuera del ámbito del proyecto urbanístico, se ubica en el contexto de la política y la economía global. El malestar, por lo tanto, no se refiere solamente a la ciudad como construcción espacial sino al sistema económico y social que la ha generado. La noción de la arquitectura como medio para transformar la sociedad ha sido superada, dando paso a una concepción de la ciudad resultante de procesos históricos y culturales más complejos y dinámicos.

Hoy en día la urbanización es un fenómeno global; la ciudad, pese a todo, sigue atrayendo o reteniendo a millones de personas, consolidándose como una especie de segunda naturaleza, un medio artificial en el que la mayoría de los seres humanos nacen, crecen, se desarrollan y mueren. Aunque los habitantes de las grandes ciudades contemporáneas añoran una vida más relajada y un mayor contacto con la naturaleza, en el fondo casi nadie está dispuesto a perder la cantidad y calidad de opciones que ofrece la vida urbana. Si la ciudad tiene una ventaja frente al mundo rural, es permitir a un mayor número de personas el acceso a todo aquello que se entiende como los "beneficios de la civilización", desde los adelantos tecnológicos hasta las manifestaciones artísticas más refinadas. La ciudad es también incubadora de innovaciones, que en la práctica se traducen en mejores condiciones de vida: salud, higiene, educación y entretenimiento, que muchas veces sólo son posibles en el ámbito urbano.

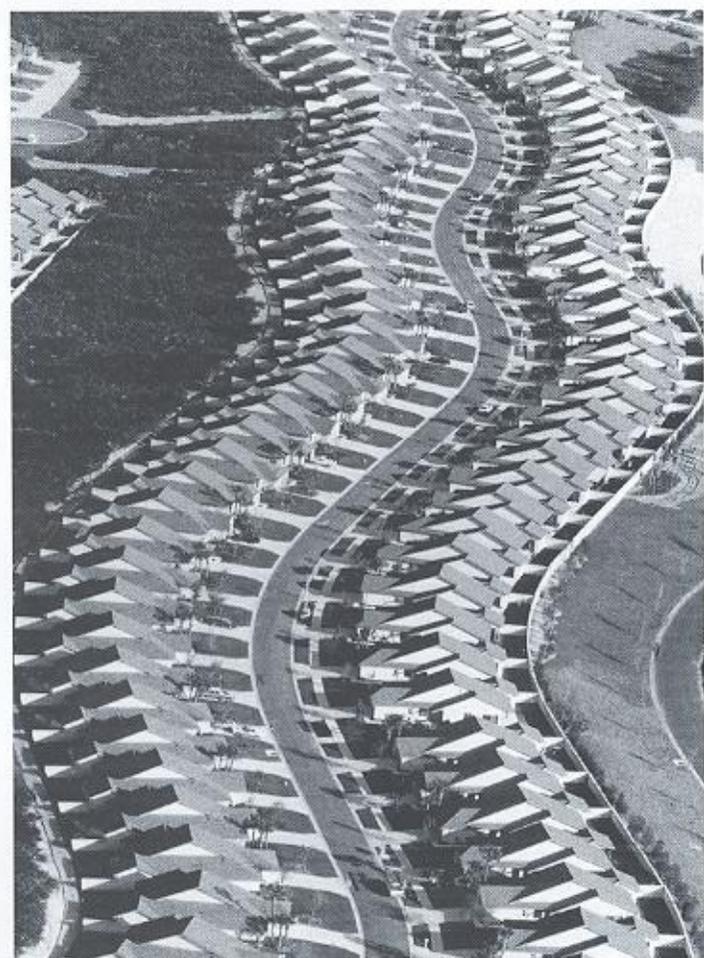
La ciudad como fenómeno cultural se encuentra estrechamente vinculada al origen mismo de la civilización; su aparición representa en la historia un nivel superior en la evolución cultural de la humanidad; la sedentarización, la división del trabajo, la formación de clases sociales, la instauración de gobiernos, el desarrollo del comercio, etcétera, permitieron la consolidación de las primeras civilizaciones. La ciudad como espacio arquitectónico surgió como un refugio del mundo natural, como un intento del hombre primitivo por superar las inclemencias de la naturaleza.

La visión de la ciudad como un espacio generador de bienestar y confort se confirma en la propia evolución de la historia de la humanidad. Desde la Revolución Neolítica no ha ocurrido un retroceso en el proceso de urbanización; es decir, desde la sedentarización de los primeros grupos humanos y la formación de los primeros asentamientos permanentes, la concentración de población en un espacio determinado llamado ciudad ha sido una constante, un auténtico fenómeno de larga duración.

En la actualidad, el auge de las relaciones virtuales y la pérdida de importancia de las fuerzas centrípetas que dieron origen a la ciudad han hecho suponer entre al-

gunos teóricos el fin de este modelo urbano. Por otro lado, muchos aspectos de la vida humana siguen siendo irrealizables sin el contacto físico directo entre los individuos, facilitado en gran medida por las concentraciones urbanas.

La recuperación del sentido comunitario vuelve a ser el punto de partida para la crítica de la urbe contemporánea y para la construcción de una sociedad más justa. Los partidarios del modo de vida urbano conciben la ciudad, ante todo, como un proyecto colectivo, que debe favorecer el contacto y la cooperación, consciente o no, entre los miembros de una comunidad, promover la igualdad, la libertad, la solidaridad y la atención a las generaciones futuras. ☉



Palm City, Florida.